

Casi un sexto sentido

Entre la infancia de nuestros mayores y la infancia de los que son ahora niños hay saltos cualitativos. Una de estas diferencias es la televisión, hasta tal punto importante que, en nuestro país podríamos hablar de un antes y un después de los años sesenta (en 1952 se fundó RTVE).

La actividad diaria está monitorizada: saber quién llama al timbre del portal, vigilar en los bancos y comercios, recordar las vacaciones o las fiestas familiares (las fotos son un jaleo), conocer lo que es noticia -si es posible en directo-, relajar la vista y algo más con una buena película, estar presente -de algún modo- en los acontecimientos mundialmente significativos sin abandonar el sillón.

También permite tener cuasi-experiencias antaño reservadas a personajes intrépidos: viajar mil leguas submarinas con Cousteau, bailar con lobos en compañía de Rodríguez de la Fuente, realizar proezas al filo de lo imposible, vivir el hechizo de la luna como si se fuera un tripulante de la Mir, participar en ritos amazónicos como lo hace Miguel de la Quadra, ver lo infinitamente pequeño o parar lo inmensamente rápido con la técnica de la National Geographic.

La televisión casi un sexto sentido. Como el oído y la vista, canaliza un mundo de sensaciones, de informaciones del exterior en un número casi incalculable. La humanidad ha ido aprendiendo qué hacer con los datos que se reciben por estas ventanas que son los sentidos, es parte de lo que educa la familia y la escuela. Pero aún somos novatos en lo que se refiere a la televisión, en cierto modo nos ha pillado por sorpresa.

Fácilmente se juzgan como verdaderos todos y cada uno de los elementos que se emiten, y se olvida que la televisión sólo ofrece una información que hay que procesar, interpretar, valorar, asimilar, juzgar y en algunos casos, por qué no, comprometerse con ella. O por el contrario, no se cree nada de lo que aparece en ella ("la caja tonta", "el gran mentidero") y por eso se ignoran los peligros de guerra en Irak o en Kósovo, los ahogados en el Estrecho al naufragar otra patera. Dos extremos, creer todo a pie juntillas o abjurar de un medio que no es fiable.

La aceptación no discernida de lo que ofrece la televisión podría provocar la aparición de personas que adoptarían el modelo de justicia de Harry el Sucio, otros que solucionarían sus conflictos interpersonales a lo Van Damme, o quienes creerían que el diálogo y el debate se construye a base de gritos e insultos. Además, un nutrido número de hombres y mujeres podrían sufrir porque no tienen el cuerpo Danone de la publicidad, ni sus vidas se parecen a la de los protagonistas de Beverly Hill. Incluso habría quienes podrían considerar el fútbol como lo más importante de la semana. Esto es lo que la televisión presenta como normal.

Años, siglos de cultura han sido necesarios para habérmolas con los datos que facilitan los sentidos y manejarlos con juicio. Y aún no se ha acabado el camino del conocimiento. Junto a esta tarea, a la sociedad se le suma un nuevo reto, incorporar maduramente el entorno televisivo. Y decir sociedad es también decir familia y escuela. Entonces, ¿qué podremos hacer para que este casi sexto sentido sea otro instrumento de crecimiento como personas?